

Lumi y el paraíso de las flores

Marcos se despertó por el ruido y lo primero que vio fue la sonrisa chimuela de Lumi, que lo miraba con unos ojos saltones que ponían de manifiesto la emoción de la niña.

—¡Ya lo encontré, te dije que era de verdad! —dijo la pequeña, dando brincos.

Sobresaltado, Marcos se levantó de la cama empleando toda la fuerza de voluntad que le quedaba.

—La siesta es muy importante para crecer, ¿sabías eso? —comentó a regañadientes, mientras se ponía un abrigo de la pila de ropa que tenía tirada.

Aún somnoliento, Marcos bajó las escaleras junto a la niña.

—Espero que no estés mintiendo, Lu. Si no, agregaré un helado a la apuesta... ya sabes, por las molestias y el estrés emocional.

—Qué exagerado... —susurró Lumi.

Al salir de casa, la lluvia, que llevaba ya unas horas cayendo, tomó por sorpresa a Marcos.

—¿Es en serio? —dijo.

—No te vas a morir por un poco de lluvia, además no te vendría mal una ducha —comentó riendo la niña.

Marcos aceptó su destino, suspirando por tener que mojarse. Los niños caminaron juntos, y cada tanto Lumi se adelantaba sin querer, volteaba la cabeza para ver dónde estaba su amigo y lo esperaba inquieta cada vez que se retrasaba.

—¡Apúrate, falta un poquitito! —gritaba la niña para motivar a Marcos.

Ese “poquitito” que faltaba se convirtió en poco más de media hora caminando bajo la lluvia, hasta que llegaron al lugar. Lumi tomó de la mano a su amigo, ayudándolo a pasar a través de un espacio que había entre los tablones de una cerca.

Al pasar al otro lado, los niños vieron un amplio terreno con una casa derruida por la falta de cuidado.

—¿Me despertaste para esto? —dijo Marcos, llevándose la mano a la cara.

—No, tontito, mira —dijo Lumi, mientras corría al interior de la casa. Marcos la siguió.

En el interior, el panorama no era muy distinto; la falta de muebles y cuadros en las paredes dejaba entrever por qué la casa había sido abandonada.

—Redoble de tambores —exclamó Lumi mientras imitaba el ruido con su boca. La niña levantó un tazón del suelo, revelando una bella flor color lila.

—La he llamado Dulce. —dijo orgullosa—. Dulce, te presento a Marcos; Marcos, esta es Dulce. ¡Ya se conocen!

—¿Es real? —comentó impresionado Marcos—. Pensé que eso solo lo tenían los ricos.

—Sí, lo es. Yo también pensé que era una de esas flores de plástico que se parecen mucho a las de verdad, pero le estuve echando agüita y ha abierto sus pétalos.

—No pensé que perdería la apuesta. Entonces, ¿qué juguete quieres que te preste? —preguntó Marcos.

—Ninguno, cambio la apuesta; ahora quiero que me ayudes a cuidar a Dulce —comentó Lumi—. Me gasté todos mis ahorros en comprar agua limpia para regarla.

Algo confundido, Marcos asintió con la cabeza, arrodillándose al lado de Lumi para poder contemplar a Dulce. Era una bella flor de pétalos lilas redondeados y tallo delgado, se veía frágil, pero el hecho de haber sido capaz de crecer en un terreno tan hostil demostraba que de frágil no tenía nada.

Cada día, después de la escuela, los niños se reunían para cuidar a Dulce. Marcos traía botellas de agua limpia y Lumi algo de tierra con palitos que ella creía que servían como abono. Se acercaban a olerla y le contaban cuentos para que se sintiera feliz. Ninguno de los niños había contado de la flor a sus padres por miedo a que quisieran venderla cuando se enterasen.

Cuando llegó el invierno y el sol ya no apremiaba con la misma fuerza, la flor empezó a verse decaída. Lumi pensó que eso significaba que la estaban cuidando mal y que se iba a morir. La niña le preguntó a Marcos si sus padres sabían algo que pudiera ayudarla a salvar a Dulce, pero él respondió que lo castigarían de por vida si se enteraban que todo el dinero que gastó en el agua era para regar a una flor.

—Tengo miedo de que mi madre quiera venderla —dijo Lumi, a punto de romper en llanto—. Pero no quiero que la flor muera por nuestra culpa.

Sin más remedio, Lumi se hizo a la idea de que esta iba a ser la última vez que vería aquella bella flor lila. Estuvo casi dos horas mirándola a detalle hasta que se armó de valor y se dirigió a casa acompañada de Marcos.

—Espérame en tu casa, Marcos, no quiero que se den cuenta de que me ayudaste y que te castiguen por mi culpa —dijo la niña cabizbaja.

Al entrar a casa, la madre de Lumi la saludó desde la cocina con un: “¿Qué tal te fue, mi amor?”. El silencio fue respuesta suficiente como para que la señora sospechara que algo no iba bien.

—Cuéntame, linda, ¿pasó algo? —preguntó.

—Es que yo tengo una flor muy bonita, se llama Dulce —decía la niña entre sollozos— Y, pues..., creo que se está muriendo.

—¿Una flor? —interrumpió su madre.

—Sí, una flor real. Sé que vas a decir que seguro me lo estoy imaginando, pero es de verdad, te la puedo mostrar si quieres. Solo prométeme que no la vas a vender, mami. Si quieres, trabajaré para pagarla —suplicó Lumi.

—¡Nona! —gritó la madre de Lumi—. ¡Baja que tu nieta quiere decirte algo importante!

Pensando por qué su madre había llamado a su abuela, la pequeña se tranquilizó un poco. Mientras se secaba las lágrimas, Lumi vio cómo su abuelita bajaba las escaleras agarrándose fuertemente a la baranda. Sus lentes de luna gruesa reflejaban la luz que se alcanzaba a deslizar entre las cortinas.

—¿Sabías que tu abuela, cuando tenía tu edad, ayudaba a su madre con una florería? —comentó la madre de la niña.

—¿En serio? —sonrió Lumi mirando con sus característicos ojos saltones a su abuela.

Con menos miedo del que sentía antes, la pequeña contó a su abuela toda la historia de Dulce y cómo había estado cuidándola hasta que se puso malita. Su abuela escuchaba atenta, al principio dudosa, pues sabía que las flores ya no podían crecer en la tierra. Al empezar a creer en la historia de Lumi, la emoción de antaño invadió a la anciana cuando recordó cómo su madre le pedía regar los rosales todas las mañanas.

—¡Ay, mi niña! Hace años que no veo una flor real —dijo la abuela de Lumi—. ¿Tú crees que una vieja como yo pueda volver a ver una flor de verdad?

Lumi, saltando de alegría, afirmó con una sonrisa y le pidió a su madre que las acompañase. Contagiadas del ánimo de la pequeña, todas caminaron un “poquitito” y luego otro poquitito más hasta llegar al terreno abandonado donde estaba la flor. Lumi tuvo que quitar otra madera de la cerca para que su madre y su abuela pudiesen pasar.

—No me parece que esto sea muy legal que digamos —advirtió la madre de Lumi.

—Ya estamos acá, ¿qué le van a hacer a una vieja como yo por colarse en una casa en ruinas? —argumentó riendo la abuela.

Lumi, tomando la delantera, tiró de la mano de su abuela, llevándola hacia el interior de la casa. Se dirigió rápidamente hacia la esquina de la sala y quitó el tazón que cubría a la flor.

—Ay, pero si es un hermoso lirio, como tu madre —dijo la anciana, maravillada por la flor—. No veía uno desde que estaba en la secundaria —agregó.

—Eh, abuelita, mi mami no se llama Lirio, se llama Liliana —inquirió Lumi.

—Sí, por eso. Le puse a tu madre Liliana porque viene de *Lilium*, que es la forma de decir "lirio" en latín.

A pesar de su avanzada edad, la abuela de Lumi consiguió agacharse para mirar de cerca la flor.

—Es tímida —comentó—. No está enfermita, sino que, como ya ha llegado el invierno, está descansando un poco. Eso sí, no tengo idea de cómo ha conseguido crecer... y menos en este lugar.

La madre de Lumi, que hasta ahora había estado observando de lejos, empezó a lagrimear. No había visto una flor real en su vida y, al ver en persona lo hermosa que era la flor a la que le debía su nombre, rompió en llanto.

Lumi abrazó a su madre.

—Tú también eres muy bonita, mami —le dijo.

Cuando llegó el otoño, la madre y la abuela de Lumi la acompañaron nuevamente a donde estaba la flor para trasplantarla. Según la abuelita, si conseguían que la guerrera sobreviviera al trasplante, podrían preservar y propagar su belleza. Bajo las instrucciones de su madre, Liliana, con ayuda de la pequeña Lumi, consiguió trasplantar la flor a una maceta. Madre e hija celebraron mientras la anciana sostenía en su regazo la maceta, contenta por el logro familiar.

En casa, Liliana había preparado todo lo necesario para hacer esquejes del lirio en macetas improvisadas. Cortando con extrema cautela, dispuso cada tallito donde correspondía, procurando que la tierra estuviera bien hidratada. Al terminar, completó tres macetas que crecerían para dar hermosas flores. Las plantas se tomaron su tiempo en adaptarse, creciendo todas ellas al cabo de dos meses y medio. La abuela de Lumi se esmeraba en cuidarlas con cariño, como había aprendido cuando ayudaba en la florería.

Apreciando la belleza de las nuevas flores, a Lumi se le ocurrió la idea de regalar una de las flores que habían brotado a Marcos, en agradecimiento por haberle ayudado. Antes de salir, su madre le preguntó:

—¿A dónde llevas ese lirio?

—Voy a regalárselo a Marcos, es que no te lo conté, pero él me ayudó a cuidar de la florecita cuando estaba en la casa abandonada —dijo la niña. —Ups, no te pregunté, ¿puedo regalársela?

—Claro que puedes, compartir es lo que de verdad da valor a las cosas —comentó Liliana acariciando la cabeza de la pequeña.

Cuando llegó a casa de Marcos, el padre del niño abrió la puerta, quedando boquiabierto al escuchar a la niña decir que era un regalo para Marcos.

—Niña, ¿estás segura de que tu madre te dejará regalar algo tan costoso? —preguntó el padre.

—Sí, ella está de acuerdo —dijo sonriente Lumi—. Ah, y señor, más vale que usted también cuide y quiera mucho a la florecilla.

El señor dejó pasar a la niña, que de inmediato corrió a la habitación de Marcos llamándolo. El niño salió a recibir a su amiga, encontrándose con la sorpresa de que la niña traía consigo una flor.

—Es para ti —le dijo Lumi—. Mi abuela dice que es un lirio como mi madre, y quería dártelo por ayudarme y no delatarme.

—Es bellísima, ¿cómo le vamos a llamar a esta? —dijo curioso el niño.

—Ya que yo decidí cómo debía llamarse la otra flor, ahora te toca a ti decidir. Te doy tiempo para pensarlo. Más te vale no ponerle un nombre tonto —amenazó en broma Lumi.

—Muchísimas gracias, Lu, acepto la responsabilidad de cuidar este lirio por nuestra amistad —dijo Marcos abrazando a su amiga.

Siete meses después, la abuela de Lumi enfermó, y con ello las flores empezaron a perder el brillo. Los días, aunque despejados, parecían ser sendas negras intransitables. Lumi visitaba a su abuela cada vez que salía de clases para hablar con ella. Procuraba tener cuidado de no contarle que las flores se estaban marchitando para que no se preocupara. Mientras, trataba con insistencia de evitar que los lirios siguieran perdiendo sus pétalos.

Una mañana de lunes, Liliana, sin mediar palabra, abrazó muy fuertemente a su hija. Lumi supo de inmediato qué había pasado cuando vio que las flores estaban completamente marchitas en sus macetas. Al funeral asistió poca gente.

Al día siguiente, Marcos se acercó a Lumi trayendo el lirio en su maceta.

—Sabes, no pude pensar en un nombre que fuera lo suficientemente bueno, así que se me ocurrió que podríamos llamarla Flor, como tu abuela —dijo mientras le entregaba el lirio a Lumi.

A la niña, aún con lágrimas en los ojos, se le ocurrió una idea: plantar el lirio junto a su abuelita. De inmediato, Lumi le pidió a Marcos que la acompañase al cementerio. En el camino, la niña recordaba cómo su abuela solía decir que la flor que habían encontrado era una pequeña guerrera por crecer en la tierra contaminada.

Al llegar se dirigieron a la lápida de la abuelita. Lumi repitió el proceso que habían realizado al trasplantar la flor. No tenía agua para hidratar la tierra, mas sus lágrimas humectaron tenuemente el terreno. Al terminar el trasplante le dio un beso al lirio.

—Adiós, Flor —dijo, despidiéndose de su abuela.

Luego de unos meses, el cementerio, antes sombrío y silencioso, se tornó en un colorido jardín de lirios que florecían esparcidos a lo largo del terreno infértil. Cada flor parecía llevar consigo la esencia y el recuerdo de la abuela de Lumi.

Madre e hija acudían los fines de semana para cuidar el jardín, y pronto permitieron que los vecinos se llevaran algunas flores, con la condición de que las cuidaran con el mismo amor con el que ellas lo habían hecho. Incluso turistas comenzaron a visitar el cementerio, con el fin de capturar en cámara el famoso “paraíso de las flores”.